

LA AVISPA

DIRECTOR: FERNANDO MATEOS AGUIRRE

REDACTOR-SECRETARIO: ALEJANDRO PIZARROSO

5 Esta Redacción es defensora ardiente de la juventud literaria española é hispano-americana, y admite para su publicación cuantos trabajos cortos y aceptables, en prosa ó en verso, procedentes de la *gente moza*, se le envíen á tal fin. (No se devuelven los originales.) El que lo desee tiene derecho á reproducir los trabajos que publicamos, aun sin citar la procedencia, pero agradeceríamos que se citase.

CÉNTIMOS. — LA CORRESPONDENCIA AL GERENTE DON MARCIAL L. GUERRA. MADRID. BUZON CÉNTRICO, ALCALA, 23

REGALO DE 50.000 PESETAS

que hace LA AVISPA al afortunado de sus lectores que sea designado por la Lotería Nacional. (Véase la página 3.)



Portfolio de LA AVISPA — Serie A. — El sueño de una modista. — Núm. 4. ...Hermosas hadas de exuberantes formas mal veladas por vaporosas gasas rodeaban su lecho... Suavemente la despojaron de las vestiduras interiores que cubrían su cuerpo, y sumida en el vago sopor que insensibilizaba sus miembros era transportada...

(Fotografías de Huguena y Acosta, fotograbado de Rocafull, impresión de Hijos de M. G. Hernández y papel de Menéndez y Cañedo.

LAS HIJAS DE LA LUNA

POR PAUL FEVAL

37

(Continuación.)

«¡Si no hubiera necesitado más que mi sangre para salvarle! ¡Pero no podía!... ¡Ya sabéis que me era imposible!»

Á los labios de René asomó una sonrisa.

—¡Oh, sí!—murmuró.—Mi generoso hermano sabía esto, señora, y cuando tres años después volvió os dió, sin duda, la absolución de vuestro crimen.

—¿Volvió?—preguntó Marta, admirada. René se encogió de hombros, prosiguiendo su lectura.

«Me decían, además, que habíais abandonado el castillo por libertaros de la vista de mis lágrimas, y como á todo esto no le diera crédito, me dijeron que habíais muerto...»

«Durante siete meses fué todo inútil. Luis, mi pluma no puede escribir la causa de mi resistencia. Aun cuando entonces hubiese creído la noticia de vuestra muerte, me hubiera sido imposible casarme.»

«Me engañaba al deciros que conspiraban todos contra mí. Vuestro tío Juan y su mujer, que ¡ay! ya no existe, me sostenían, animándome para que os esperara. Sin ellos me hubiese sido forzoso morir de dolor y de vergüenza.»

René se interrumpió de nuevo.

—Mucho tiempo hacía que sospechaba ya esto—dijo—; mi excelente tío me vendía á pesar de comer mi pan; también le llegaré su vez y tendrá su digna recompensa.

Antes de continuar, volvió el botón de la lámpara, cuya mecha, excesivamente salida, arrojaba una llama larga y humeante.

—No veo bien—murmuró, cegado por la sangre.

«Si esta carta llega á vuestras manos—prosiguió, haciendo grandes esfuerzos para leer,—rogad á Dios por la mujer de Juan de Penhoel, que ha hecho por mí más que mi propia madre, y pagad en beneficios, si os es posible, á Juan todo el consuelo que me ha dado hablándome de vos.»

—¡Oh!—dijo René, enjugándose el sudor que inundaba su frente.—Es muy larga, señora, y no encuentro el párrafo que deseo. Sin embargo, estoy seguro de haberlo leído entre vuestras jeremiadas amorosas. Lévese el diablo esa lámpara; no veo nada con ella.

Y para aclararse la vista bebió un vaso de aguardiente.

—Continuemos—murmuró;—paso dos ó tres páginas de lágrimas y sollozos. No nos queda por saber sino que vos amáis á mi generoso hermano como una loca... Veamos si lo encuentro pronto.

«Tenéis que cumplir deberes que no podéis evadir, Luis. Dios no quiere que mi pluma trace una queja que vaya á turbar vuestros placeres si sois feliz, ó á acrecentar vuestras penas si sois desgraciado. Pero es preciso deciroslo... reconozco el fondo de vuestra alma y recordad...»

«El destierro voluntario no es permitido más que al hombre que se ve solo en el mundo... y vos no lo estáis.»

—¿Si habré pasado demasiado?—exclamó René, volviendo una página.—Parece que se mezcla en esto el diablo... no veo ya. La lámpara se apaga y mi frasco se está acabando. ¡Ah! ¡Si estuviese aquí Roberto para ayudarme!

Hojeó con mano trémula la carta y gritó de pronto:

—¡Escuchad! ¡escuchad! Hé aquí lo que buscaba.

«... Os suplico, Luis, que recibáis...»

—Pero ¡qué dice después! ¡Oh! ¡oh! Ha blanqueado la tinta; el papel y la letra son de igual color y esta maldita lámpara...

Hizo girar otra vez el botón: el tubo le saltó al rostro.

Se levantó furioso.

—¡No se quiere que lea—exclamó,—pero no importa! Lo he visto ya más de una vez. Blanca de Penhoel su hija... ¡su hija!... ¿lo oís?

Mucho tiempo hacía que Marta permanecía inmóvil dominada por cierto sopor; el nombre de Blanca le hizo volver de su inercia.

—¡Blanca!—repitió.—Aún no me habéis dicho qué ha sido de mi hija.

Luego añadió estremeciéndose.

—¿Os habéis vengado en ella?

Arrojóse con un movimiento convulsivo á los pies de René, que apenas podía guardar el equilibrio, y murmuró:

—¡Es vuestra hija, René, os lo juro! ¡En nombre de Dios, tened piedad de vuestra hija!

Su corazón, que de nuevo palpitaba con fuerza, había hecho acudir alguna sangre á sus mejillas; sus ojos veían abundantes lágrimas, y sus rubios cabellos sueltos caían sobre sus espaldas.

René se puso repentinamente á contemplarla en silencio, cambiando su fisonomía.

—¡Oh! Sé muy bien que sois hermosa—dijo al fin con voz triste y casi tierna.—Si hubieseis querido hubiéramos podido ser muy felices. No pretendía más que amaros cual un esclavo, Marta. ¿Lo recordáis? Aún no he olvidado cómo palpitaba mi corazón al veros... Después otra mujer se ha apoderado de mi razón. ¡Lola!... ¡también es muy hermosa! ¡Lola, que me abandona infamemente en los momentos de sufrimiento! Pero mi amor hacia ella no es el mismo. ¡Oh! En mi vida he amado á otra que vos, Marta, ni tampoco la amaré.

Y se sentó junto á su mujer, tomándole con las dos manos sus hermosos cabellos.

—¿Os acordáis—prosiguió—de mis suplicas y de mis lágrimas? No conocía toda mi desgracia, pero comprendía que no era amado. ¡Dios mío! Si la voz de algún genio me hubiese dicho: «¿Quieres dar tu vida por una semana de dicha, una semana durante la cual serás el más feliz de todos los mortales?» ¡Oh! Marta, ¡con cuánto gozo hubiera aceptado!

Marta bajaba los ojos.

—¡Mi hija!—dijo en voz baja.—¡No me habláis de mi hija!

René se levantó por segunda vez, rechazando el sillón, que rodó por el suelo.

—¡Qué loco soy!—exclamó mientras la cólera coloreaba de nuevo la mancha que brillaba en medio de su pálida mejilla.—¡Preciso es que esta mujer me recuerde quién soy! Su hija, ¿no es así?—continuó amenazando con el puño el retrato de su hermano.—¡La hija de ese embustero, de ese infame! Ni una palabra más, señora, no quiero oiros... ¡Oh! ¡Estoy arruinado! El hijo de Penhoel es pobre ahora como los mendigos que vienen á pedir limosna á la puerta del castillo... El hijo de Penhoel no tiene ya asilo... Y no es sólo la desgracia la que pesa sobre su cabeza...

¡es también la vergüenza!... ¡Si las gentes que lo han arruinado no se compadecen de él, será el nombre de su padre arrastrado por la infamia! ¿Y sabéis lo que ha impulsado á René de Penhoel hasta el fondo del abismo?—añadió, dejando caer su pesada mano sobre el hombro de Marta.—Han sido el hom-

bre y la mujer á quien tanto adoraba... ¡Vos, la esposa culpable, y él, el hermano indigno!... ¡Callad! No quiero oiros; ¡Soy el amo! ¡Ya sabéis que digo la verdad! El día en que se han arrojado mis cejas por primera vez mirando la cuna del Ángel, había ya pronunciado Dios mi sentencia: ¡era que moría mi última esperanza! Nada existía entonces en mi corazón y era preciso adormecer la angustia de mi pensamiento. He buscado el olvido en la embriaguez, en el juego, en el amor... y cada vez que cometía una falta erais vos la culpable, señora.

Separó su mano del hombro de Marta, siempre arrodillada, dando un paso hacia el retrato del primogénito de Penhoel.

—¡Vos y él!—replicó con salvaje ímpetu de cólera.—El sobre todo, ¡el verdugo de mi dicha! ¡el más infame de los hombres!

Habíase aproximado al cuadro.

Levantó la mano y dió con el puño cerrado al lienzo, que se hundió precisamente en el sitio del corazón.

Luego, sin dominarse ya, descolgó el cuadro, arrojándolo al suelo, y destrozó con los pies la imagen de su hermano.

El ruido que en esta operación hacía le impidió oír abrirse suavemente la puerta del salón, ni la débil claridad de la lámpara le dejó ver que una persona se deslizaba entre las hojas de la puerta y permanecía inmóvil en la sombra.

Marta miraba á Penhoel sobrecoyda de horror, como si hubiese asistido á un asesinato.

René se detuvo al fin, enervado por su esfuerzo, y miró á su mujer con la brutal sonrisa de los ebrios.

—Ahora os toca á vos, señora—dijo.

Acercóse al retrato de su padre y descolgó una espada del trofeo que había debajo.

La sonrisa había desaparecido de sus labios.

Descubrióse, haciendo la señal de la cruz.

—Todo ha terminado entre nosotros, señora—dijo con voz sorda y resuelta.—Haced lo que yo: decid vuestras oraciones.

Apoyóse sobre la empuñadura de la espada y sus labios se agitaron como si hubiese murmurado una oración.

Marta se arrastró de rodillas hacia él. —René—murmuró, tendiendo sus manos suplicantes,—quiero morir y os perdonaré desde el fondo de mi corazón. Pero os suplico que antes de matarme me digáis lo que habéis hecho de mi hija.

René señaló con el dedo la cartera, que estaba en el suelo junto á la mesa.

—¡No os he dicho que había tenido necesidad de pagar eso!—replicó.—No poseía nada... Roberto me pidió vuestra hija en cambio de esos papeles, y se la dió. Marta apoyó sus dos manos contra el corazón, lanzando un débil gemido, y cayó privada de sentido.

En este momento se dejó oír un leve ruido; la persona que acababa de entrar, oculta en la sombra, descolgaba también una espada de la pared.

René, separado solamente algunos pasos de Marta desmayada, probó en el dedo la punta de la espada; inclinó luego la cabeza sobre el pecho y se dirigió hacia su mujer, diciendo en voz alta y resuelta:

—¡Primero ella, luego yo!

Pero al levantar la cabeza para ver y la mano para herir, vió entre él y su víctima un hombre.

Era el tío Juan, que permanecía de pie, arrogante, con la espada en la mano, delante de Marta.

(Continuará.)

A NUESTROS SUSCRITORES Y LECTORES

REGALO DE 50.000 PESETAS

La suerte mayor del sorteo de 28 de Junio pasado fué el núm. 28.814, correspondiendo, por lo tanto, el premio del medio billete á nuestro lector D. Julián Benard, de Madrid, calle de Malasaña, núm. 27, por haber remitido el boletín con el núm. 28.734, el más próximo de los que jugaban, según puede comprobarse por el listín publicado en LA AVISPA del 20 del pasado.



La crónica madrileña de los últimos días no puede ser más triste de lo que es. Un joven que mata á su padre á martillazos por salvar la vida á su madre; un novio que asesina á su amada por negarse ésta á facilitarle dinero; un tejero que hierre gravemente á un compañero de trabajo por faltar á su madre; un jugador que tras de perder sobre el tapete verde algunos billetes del Banco, resulta herido de puñaladas y estacazos; centenares de personas que caen intoxicadas por beber leche adulterada; heridos y contusos más ó menos graves, víctimas de los choques de trenes en la estación del ferrocarril del Norte... ¡Qué sé yo!

Una infinidad de sucesos de esos que interesan y conmueven, pero que la prensa diaria, con sus poderosos medios informativos, desflora en su provecho inutilizándolos para ser tratados en revistas como la nuestra.

Al lado de esos sucesos, aparecen, sin embargo, otros que bien merecen que les dediquemos algunas líneas, si quiera sea en el estilo ligero á que nos obliga el título de esta sección. Será al vuelo, pero algo diremos.

¿No creen mis lectores que debemos parar mientes en las repetidas estafas que en Madrid se cometen á diario?

Varios empleados de diferentes sociedades benéficas se han beneficiado en los últimos días quedándose con la recaudación de los recibos que les habían entregado para su cobro.

Lo que dirían los recaudadores en cuestión: puesto que nuestras sociedades son benéficas, haremos propaganda de sus fines beneficiándonos nosotros.

No han salido tan beneficiados los vecinos del barrio de Vallehermoso con la formación de una laguna que á ellos se les figuró era tan grande como la Albufera de Valencia, laguna formada á consecuencia de un hundimiento en un depósito provisional de agua hecho junto á los terrenos del tercer depósito del Lozoya.

En cualquier país que no fuera España serviría eso de lección y se desistiría de seguir edificando el tercer depósito en aquel terreno; pero aquí no hacemos caso de nada; continuarán las obras, y si la laguna que se ha formado en las inmediaciones del paseo de Areneros no ha ocasionado desgracias, esperamos á que en otra ocasión las ocasione.

Siempre queda demostrado que los españoles no somos previsores, ni nos pre-

ocupamos de nada que tenga importancia; en cambio, nos preocupamos mucho de las intrigas de baja política que se desarrollan en las Cortes, en la Diputación ó en el Ayuntamiento, y los periódicos dedican largas columnas á explicarnos los motivos que haya podido tener Vega de Armijo para dimitir el cargo de presidente de la Cámara de diputados; á detallarnos los escándalos de la ordenación de pagos de la Diputación provincial y á comentar los chanchullos municipales, cuando, después de todo, nos deben tener sin cuidado esas cosas, porque, como son inevitables por estar arraigadas en nuestras costumbres, no nos deben interesar.

Comprendo que nos interese la noticia que nos comunica la prensa de París acerca de la ascensión en globo que proyecta Spelterini.

Trata nada menos que de pasar por encima de los Alpes en un globo dirigible de su invención, que por las pruebas efectuadas ante el Club de aeronautas de París parece ser dará buenos resultados.

Eso es grande, puede servir de algo útil á la humanidad y debe interesarnos.

También debe preocuparnos el proyecto de construcción de un panteón de escritores y artistas célebres, debido á la iniciativa de nuestro eminente poeta Núñez de Arce, y que en breve será un hecho.

Honar la memoria de los grandes artistas es siempre hermoso y vale más pensar en eso que en discutir la prohibición del gobernador madrileño respecto á la presentación en el ruedo taurino del célebre D. Tancredo.

Pero aquí somos así, y al enterarnos de que un oficial de nuestro ejército, después de libar con exageración del dulce jugo de la vid, como dicen los cursiparlistas, se enreda á sablazos con los transeúntes en la calle de las Infantas y la emprende á cintarazos con los agentes de la autoridad, al enterarnos de una desdicha semejante que habla poco en favor de la cultura de nuestras costumbres, nos reímos y exclamamos:

— ¡Qué merluza tendría el teniente!

¿Que un joven que pertenece al noble sacerdocio de las armas pierde la carrera y pasa por el bochorno de la degradación? ¿Eso qué importa?

¿Y la juerga que correrían sus acompañantes? ¡Poco que gozarían emborrachándose!

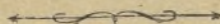
Y menos mal que en España no está el mal tan arraigado como otras naciones.

Según un artículo publicado recientemente en Berlín por *Kreuz Zeitung* sobre la influencia que ejerce el alcohol en la criminalidad militar, resulta que un 46 por 100 de los penados por homicidio cometieron su delito bajo la acción de la embriaguez. El 66 por 100 de los asesinos obedecieron á la misma causa, y durante los seis últimos años y en esa proporción se registraron entre los marinos alemanes 1.671 hechos punibles.

En España, por fortuna, no ocurren tantos casos de alcoholismo entre la fuerza armada, y á lo sumo son los serenos los que pierden la serenidad á consecuencia del triple anís, ó los encargados de guardar el orden público los que se alteran á causa del morapio ó peleón, y no suelen cometer homicidios ni asesinatos. A lo sumo se duermen en el hueco de una puerta, y nadie está libre de dormirse.

Sobre todo si lee esta crónica, que me ha resultado magnífica contra el insomnio.

ALEJANDRO PIZARROSO.



SONETO

¡Nunca me olvidaré de tu desvío!
¡A pesar de mis súplicas amantes,
cada vez nuestras almas más distantes!
Todo era soledad en torno mío.

Sólo tu amor colmaba aquel vacío
y tú querías concluir cuanto antes
con aquel que moría por instantes
llamándote aún su bien, con desvarío.

Ya apagaste tu sed abrasadora
de venganza, que al fin has realizado.
Sonó ya para mí la última hora
y tu crimen feroz has consumado;
y digo como el Dios que tu alma adora:
Perdónala, Señor, ¡si nunca ha amado!

Carlos Prunelles.

OLEADA

A mi buen amigo Francisco R. Arniches.

Alegre del puerto
partió la barquilla;
remando, remando
con mucha alegría,
los dos se alegraban
de aquellas delicias,
y al verlos partir
tan llenos de dicha,
cantaba el placer,
lloraba la envidia.

Las ondas rizadas
del mar con bravia,
miercer al mal tiempo,
subían, subían,
y allá, muy alejada,
aquella barquilla
besaba las olas
hecha mil astillas;
aquellos amantes
que, con alegría,
partieron dichosos
no se distinguían,
y al no divisarlos
rabiaba la dicha,
lloraba el placer,
cantaba la envidia.

G. García Parra.

ORIGINAL RECETA

A la bellísima Srta. Teresa S...

Todo aquel que se encuentre pesaroso,
todo el que, por desgracia, se halle enfermo,

que al instante practique la receta
que yo le recomiendo.

Que se postre á las plantas de la dama
cuyo nombre antecede,
y, aprovechando la ocasión, contemple
sus ojazos de fuego.

Que una dulce sonrisa de su boca
pida, amoroso, luego,

y que, por conclusión, imprima, ardiente,
en sus labios un beso.

Esta es, sin más ambages, la receta,
siendo cierto, muy cierto,
que aquel que se halle malo y la practique,
quedará al punto bueno.

Así, pues, preparaos;
¡enfermad, caballeros!
¡Que, por mi parte, yo estoy deseando
encontrarme indispuesto!

Enrique Povedano.

MI NOVIA JUANA

¡Tengo una novia
la mar de guapa,
sin más defectos
que el gastar gafas,
que no es muy joven
(pues ya se pasa
de los cuarenta),
que peina canas,
cojea un poco
y á más... es manca,
tuvo viruelas
cuando muchacha,
gasta bigote
de guías muy largas.
¡En fin, señores,
sólo estas faltas
tiene mi novia
la señá Juana,
que es una *chica*
la mar de guapa!

Juan Manuel Palacios.

LA YEDRA

Deshecha la mesnada después de encarnizado combate, hicieron los moros atroz carnicería entre los vencidos, costando no poco trabajo alejar del campo de batalla al conde D. Ramiro, que, ciego de ira á la vista de la triunfante media luna, intentaba arrojar solo entre las filas enemigas, para morir defendiendo el honor de sus estandartes.

A pesar de su enseñamiento, los vencedores hicieron algunos prisioneros, entre los cuales se contaba Arnaldo, lindo paje-cillo de negras y abundosas melenas y rostro angelical, que indudablemente debió la vida á su aspecto dulce y candoroso.

Compadecido el gran Alakén de la inocencia del adolescente, en lugar de enviarlo á las mazmorras con los demás cautivos, lo retuvo en su alcázar, poniéndole guardias de vista.

No tardó en granjearse la confianza del príncipe de los creyentes, quien, convencido de su nobleza, le dejó libre de todo espionaje, convirtiéndole de cautivo en camarada, y llegando la privanza á tal extremo que le fué concedido permiso para ejecutar en secreto los ritos de su religión.

Pasado algún tiempo, durante el cual pudo familiarizarse con las costumbres de la corte, creyó ver en las sigilosas escapatorias que la favorita hacía de su camarín algún grave misterio, y se propuso averiguarlo.

Pero su escaso conocimiento del idioma le impidió enterarse por el pronto de lo que se trataba.

Por fin un día pudo deducir de sus pesquisas que la favorita, enamorada de uno de los cautivos cristianos, intentaba abrir las puertas de las prisiones, y de acuerdo con su amante, dar muerte al califa aquella misma noche.

Lo primero regocijó grandemente al paje, pero lo segundo no pudo menos de causarle profunda pena.

Consentir la muerte de su protector le parecía una monstruosidad, y delatar á los cristianos, un crimen abominable.

Profesaban la misma religión y su deber era velar por su vida y por su libertad. Pero también el deber de gratitud le imponía velar por la vida del califa, que tan generoso fué con él, concediéndole una confianza que no lograron gozar muchos.

Abrumado con tales preocupaciones, corrió hacia el interior del alcázar hasta llegar al dormitorio.

La guardia, sobornada indudablemente por la favorita, no se hallaba en su puesto.

La idea de lo que iba á suceder le hizo estremecerse y se escondió entre los cortinajes, después de contemplar á su señor plácidamente dormido.

Ya era tiempo: por la galería se dejaban oír los pasos lentos de alguien que se acercaba.

Conteniendo la respiración para no ser notado, permaneció el paje-cillo oculto, mientras los otros avanzaban en dirección al lecho.

El silencio era sólo turbado por el monótono y tranquilo respirar de Alakén, y la estancia, iluminada débilmente por los reflejos multicolores de la lámpara que pendía del techo, presentaba un aspecto de severa é imponente majestad.

Ya estaban junto á él; un momento, y quedaría vengada la derrota, muerto el odiado sarraceno.

Y se acercó uno de ellos, puñal en mano, con estudiada cautela... Brilló el relámpago de una hoja de acero, y un ¡atrás! dicho con voz ahogada dejó quieto

el puñal é hizo latir fuertemente los corazones.

Era el paje, que evitó el golpe abalanzándose al brazo armado.

El ruido hizo despertar al califa, quien, dando un salto fuera del lecho, se apoderó de sus armas y, mientras llamaba á su guardia, que al verse descubierta acudió al punto, entabló furioso empeñada lucha con los cristianos.

Aterrado Arnaldo de la suerte que les esperaba, se abrazó á las rodillas de Alakén implorando misericordia.

Esto hizo aminorar un tanto su cólera, y enternecido su generoso corazón por la nobleza del niño, mandó á sus soldados que dejaran á los cristianos en libertad.

No pareciéndole, sin embargo, recompensa suficiente al favor recibido, colmó á Arnaldo de honores y riquezas, con la condición de que había de permanecer á su lado.

Al cabo de algún tiempo, D. Ramiro, en uno de sus impetuosos ataques, logró arrollar al enemigo, y penetrando en sus reales hizo un terrible destrozo.

Ya iban á asaltar los vencedores el alcázar cuando apareció un gallardo doncel cristiano que, recordándoles la libertad de los cautivos, intentaba hacerles retroceder.

Era Arnaldo, que pretendía salvar nuevamente la vida de Alakén.

Pero el ruido del combate ahogó sus exclamaciones y cayó muerto de un bote de lanza.

Pasado algún tiempo de la expulsión de los moros de aquel territorio, hubo de brotar junto á la fortaleza que sirvió de alcázar á Alakén un corpulento árbol.

Resguardando el tronco, una yedra lo aprisionó con sus leñosos brazos, y ambas plantas fueron veneradas por todos los campesinos, pues según ellos, representaban la noble y desinteresada hidalguía de Arnaldo defendiendo á su protector.

Pero notaron en la yedra un extraordinario desarrollo que les llamó la atención.

Observada con detenimiento, pudieron averiguar que su considerable medro era debido á que absorbía la savia del tronco al adherirse á él.

Por eso le abrazaba tan estrechamente simulando defenderlo.

Y es que el noble desinterés, desde muy remotos tiempos, ha quedado únicamente para los cuentos de hadas.

JOSÉ MARÍA RATÉS.

INSPIRACIÓN

Dedicado á la bella Srta. Paquita Mateo.

Por los encantos que en tu cuerpo encierras

eres un ángel de bellezas lleno, un ser halagador, que la ventura

tornó amoroso á mi angustiado pecho. Sólo tu amor es mi ilusión ardiente,

mi dulce dicha, mi mayor consuelo, y cifro en ti los goces y alegrías

de este mundo engañoso y pasajero. Hoy ya tan solo con pasión ardiente

conseguir tu cariño es lo que quiero, para decir al mundo: «Esa es mi reina», y á ti, á solas, decirte: «Eres mi cielo».

José Villalón Barceló.

LAS CUATRO ESTACIONES

Calor hace en el verano,
en el invierno refresco,
y en el otoño tu madre
sale á cazar primavera.

Eugenio Aceves Marín.

VIAJES MORROCOTUDOS

Atendiendo á la afición que se ha desarrollado en el público á las aventuras y viajes extraordinarios, nuestro querido colaborador el chispeante é ingeniosísimo escritor Juan Pérez Zúñiga, en compañía del popular caricaturista Joaquín Xaudaró, ha hecho un viaje alrededor del mundo en busca de un animal desconocido hasta el día, el *trifinus melancolicus*, habiendo tomado datos y apuntes curiosísimos, como podrán ustedes ver por la interesante obra que, bajo el título de *Viajes morrocotudos*, ha comenzado á publicar, y de la que ya han aparecido dos series.

En el primer tomo, Zúñiga refiere, con su acostumbrada gracia y consabido salearo, las originales peripecias que le han ocurrido en la primera jornada de su viaje por el suelo africano; el segundo aún es mejor y, como para muestra basta un botón, copio en este número un artículo de *Viajes morrocotudos*. El libro se vende (éste sí que se vende) al precio de 2 pesetas ejemplar.

Compreñ la obra de don Juan,
compreñ, lean y reirán.

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE.

VIAJE FLUVIAL

(De *Viajes morrocotudos*)

El Nilo y su madre.—Operación quirúrgica.—Un convoy catraño.—El quitamanchas.—Fuego en el bosque.

Al cabo de dos horas llegamos á la ribera del Nilo azul.

Lo primero que hicimos fué preguntarle por su madre, porque sabíamos que todos los ríos la tienen, y el Nilo es uno de los que suelen salirse de ella con mucha frecuencia. Las cristalinas ondas no se dignaron respondernos. Pero á falta de madre salí á saludarnos la tía; una caimana terrible, que nos metió el resuello en el cuerpo con su presencia.

Por lo que pudiera ocurrir, volvimos pies atrás y fuimos á buscar otro punto de la ribera en el cual no hubiese animales de aquella catadura.

Llevábamos andado un buen trecho de ribera, cuando oímos á lo lejos un llanto muy amargo. Sospechamos si sería alguna víctima de los presupuestos de Villaverde, y en alas de nuestro buen corazón nos dirigimos al sitio de los sollozos. Pero, si, si, buena víctima nos dé Dios. Las víctimas pudimos ser nosotros; y gracias á que vimos el rabo al contribuyente llorón no fuimos sorprendidos por él; era un cocodrilo, y tuerto por añadidura y por su desgracia, y entonces juramos no fiarnos jamás ni aun de nuestro propio llanto.

Había que hacer de tripas corazón y procurar seguir por el río arriba para encontrar la salvación, ya que no podíamos encontrar el *trifinus*.

El cocodrilo lloraba de veras, no era que pretendía engañarnos; tenía la boca muy abierta y enseñaba cuatro filas de dientes, dos de los cuales mostraban caries, que sin duda hacían sufrir mucho al animal.

Como por medios violentos no podíamos luchar con él, la astucia nos sugirió la idea de extraerle los huesos enfermos, en la seguridad de que, agrado, no nos haría daño, y la Providencia se encargó generosamente de infundirnos el valor necesario para desenfundar las tenazas y practicar con serenidad inaudita la operación odontológica. Pero no tuvimos el suficiente buen pulso para llevarla á cabo con acier-

to y, en vez de los dientes dañados, le arrancamos la lengua, cosa que le dió mucha rabia y á nosotros nos hizo ver que habíamos metido la pata.

En efecto, aquello le indispuso con nosotros hasta el punto de que nos quiso destrozar el muy deslenguado. La situación, pues, era crítica y había que salvarse de aquella fiera.

En nuestra huida pudimos darle, valiéndonos de la piel del león, cuatro verónicas, dos navarras y varios recortes, terminando con un coleo que nos hubiera valido seguramente una gran ovación si lo hubiéramos hecho en público.

Atolondrado el animal con los capotazos, se dirigió al agua. Nosotros, agarrados á su rabo, forzosamente le seguimos, y en la desatentada carrera del cocodrilo tropezamos con un objeto grande, que al pronto nos pareció una canoa, pero no era tal, sino un contrabajo que, enganchándose por las clavijas en la asas de nuestra maleta, se agregó á nosotros, completando aquel extraño convoy, que fué á parar al agua con gran estrépito, causando el asombro de muchos peces de colores.

El instinto de conservación nos llevó á ordenar el convoy sin soltar el rabo del saurio tuerto. En un periquete nos encontramos sentados en el contrabajo y con no menos trabajo pudimos amarrar á la cabeza del instrumento, con los tirantes que llevábamos desde Port Said, la cola del cocodrilo, el cual, como era muy terco y muy aficionado á llevar la contraria á todo el mundo, se puso á nadar contra la corriente tirando de nuestra musical embarcación, lo cual nos vino muy bien para facilitarnos la continuación de nuestro viaje.

Nos encontramos yendo río arriba, después de larga navegación (quince millas y cinco centímetros), con una catarata de las muchas que hay en el Nilo. Entonces echamos de menos á un oculista, pues hubiera bañado la catarata en un momento; pero nosotros ante ella no teníamos más remedio que subirnos por el salto de agua mediante un salto mortal de necesidad, ó acercarnos á la orilla y continuar el viaje por tierra.

Optamos por esto, pero había que hacerse entender al cocodrilo que nos conducía, y no encontramos mejor medio de llamarle la atención que cortar la prima del contrabajo para que, con la fuerza de la tensión al saltar, produjera el efecto que realmente produjo, que fué vaciar al saurio el único ojo lleno que le quedaba.

Mucho le molestó nuestra brusca determinación, pues instantáneamente se le vino á la imaginación la necesidad que había de tener en adelante de ganarse la vida como la mayoría de los ciegos, que para comer algo tienen que tocar algo. Y menos mal que, andando el tiempo, pudo valerse de aquel mismo instrumento que arrastraba.

A poca distancia del torrente, un montón de troncos enlazados por la maleza, y que habían sido depositados allí por la misma fuerza del agua, nos sirvió de asidero para llegar á la ribera, una vez en la cual, aprovechando la ceguera del bicho, que ya sin ojos y sin lengua ni podía ver ni hablar una palabra, nos internamos en la tierra, dejándole muy afligido y sin soltar el instrumento.

Con ganas de estirar las piernas, comenzamos á caminar, y no lejos de allí observamos huellas humanas. Esto nos alegró mucho, recordando los felices ratos que habíamos pasado entre los salvajes de otros países, mas por el olor nada sacamos en limpio, pues olía muy mal.

Continuamos. El olor malo se acentua-

ba. Por cierto que no nos era desconocido. Al cabo de un rato de camino dimos con la causa. Sentado en una ratonera se hallaba un negro muy feo, tratando de quitar con bencina las manchas de la piel de un leopardo. ¡Bien decíamos que aquel olor no nos era desconocido!

No puede decirse qué nos hizo peor impresión, si el olor del leopardo ó la presencia de la bencina. Había que prevenirse contra un ataque, bien fuera de la fiera ó bien de refuma nervioso, y con la serenidad que ya íbamos adquiriendo y con una cerilla que habíamos adquirido, nos aproximamos al leopardo. Después de solicitar al efecto la licencia del negrazo en un papel de peseta, aplicamos la luz á la piel del animal, saturada de bencina, y convertido éste en una especie de tortilla al ron, salió de estampía sin decir una palabra y fué á refugiarse en la espesura de un bosque cercano, que á los pocos momentos estaba ardiendo completamente.

El negro, con los ojos inyectados en chocolate, se dirigió á nosotros violentamente, y cuando creíamos recibir una rociada de insultos ó de puñetazos salvajes, vimos con sorpresa que el hombre se arrodilló ante nosotros, y con los brazos en cruz y la frente en la tierra, empezó á balbucear uno de los salmos de David y acabó por preguntarnos por Polavieja, haciéndonos comprender que aquellos actos de adoración eran debidos á creernos seres sobrenaturales, pues la cerilla y sus efectos sobre la piel del leopardo le habían maravillado. Nos preguntó si éramos de la tierra de D. Quijote, porque él era el quitamanchas de cámara del rey de Gondar, y por lo tanto no podía ver á los manchegos. Nosotros le dijimos que no, y él se ofreció á ser nuestro guía por aquellos andurriales.

Aceptado por nosotros su ofrecimiento, le seguimos á través de unos pantanos, durante cuya travesía no dejamos de ver el creciente incendio del bosque, del cual salía un olor fuerte á cuerno quemado, no siendo esto de extrañar porque, según nos dijo el guía, se hallaban congregados entre la arboleda los maridos de unas cuantas golfas del cercano pueblo.

En éste penetramos á las cuatro y cincuenta minutos de la tarde, y no nos llegaba la camisa al cuerpo.

Por supuesto que antes de llegar habíamos preguntado al quitamanchas si existía por allí el *trifinus melancolicus*, y no nos comprendió, pues su respuesta fué que los contribuyentes de Gondar andaban rehacios para el pago de los impuestos. Le preguntamos si lo hacían espontáneamente ó por instigación de Paraiso, y nos contestó que su tía Chacalupa tenía inflamada la trompa de Eustaquio hacía dos meses.

No nos entendía una palabra, y hartos ya de su compañía, le preguntamos si quería dos pesetas, y esto lo comprendió perfectamente. Se las dimos, nos quiso besar en la nuez y rechazamos la agresión con toda energía, quedándose el hombre algo mohino á la entrada del pueblo.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

PARODIA

Cuentan de un hombre que un día, tan borracho el pobre estaba, que á su mujer le pegaba porque dijo que bebía.

—Otro habrá, mujer—decía—que beba algo más que yo. Y á un ruido que sintió volvió su mujer la cara, y vió á su suegra que entraba orracha en la habitación.

E. Alongo.

RIMA

Nuestra primavera
se ve allá á lo lejos,
se acaba el estío,
se acerca el invierno.
¡Oh, ven, ven, hermosa
de mis pensamientos,
y antes de que lleguen
las nieblas y hielos
á extinguir la llama
que arde en nuestro pecho,
gocemos la vida,
gocemos, gocemos!

B. Ramentol.

AL PIE DE LA TUMBA

Fragmento.

Duerme, Rosa, tranquila el sueño eterno;
descansa bajo el lóbrego techado
de la tumba que el cielo te ha guardado
como destino cruel de tu amor tierno.

Imagen del dolor que en mi alma existe,
oye al través del micromis plegarias
que, formadas de estrofas funerarias,
restos son del amor que tú perdiste.

Ese amor que se trueca en ilusión
propia del ser que en vida pudo amarte
y que encuentra un consuelo al visitarte,
porque late más fuerte el corazón.

B. Jordán Mascaró.

A MERCEDES

Eres, Mercedes encantadora,
la musa eterna de mis canciones;
eres la musa que mi alma adora,
la que alimenta mis ilusiones.

Eres un ángel por Dios creado,
prueba grandiosa de su bondad;
eres el faro por fin hallado
con luz que indica felicidad.

Y ya vencido por este océano,
mi voz te grita: ¡Ten compasión;
sé cariñosa, tiende una mano
y habrás logrado mi salvación!

José Martín Ruiz.

A MI BUENAMIGO ENRIQUE IBÁÑEZ

Soneto.

Yo he encontrado muchachas celestiales
cuyos ojos mis ojos inflamaban,
y he encontrado usureros que llevaban
por cada duro al mes doscientos reales.

Yo encontré multitud de irracionales
que con los racionales se mezclaban,
y también botarates que ocupaban
en la nación los puestos principales.

Y encontré al inocente encarcelado
y al criminal en libertad completa
por doquier paseando descuidado,
y, sin ser Carnaval, mucha careta.

Todo esto hallé... más fui tan desdichado
que no encontré jamás una peseta.

José Gómez Echaurren.

GITANESCOS

Cantares gitanos
son todos los mios,
que llevan envueltos pesares, tristezas
y amores perdidos.

El hombre es serpiente,
serpiente con alas,
que á veces se eleva y llega hasta el cielo
y á veces se arrastra.

Tus ojos, chiquilla,
parecen dos hornos,
en donde se funden mis dichas, mis penas,
mis celos, mis odios.

A. P. Bono.

ANDALUZAS

No me hagas desprecios,
no te he de olvidar;
que á fuerza de golpes
que dan los herreros,
se forja el metal.

Te has ido á mi vera,
pero has de volver,
que siempre al arroyo
los pájaros vuelven
cuando tienen sed.

Bafoel Cansino Assens.



Dos estrenos se han verificado en el teatro de Apolo, y los dos han tenido grande y merecida aceptación.

Se estrenó primero el boceto lírico dramático de costumbres alicantinas «Doloretas», libreto de Arniches, música de los maestros Vives y Quinslant.

Más que boceto puede ser considerada esta obra como una verdadera comedia dramática, en la cual existen tipos arrancados del natural y situaciones apropiadas á la acción que se desarrolla y que nos llevan á un desenlace no por menos inesperado muy verosímil, y que produce la emoción indudablemente buscada por el autor.

La música corre parejas con el libro, gustando mucho el número de la dulzaina.

Isabel Bru, la Sra. Vidal, José y Emilio Mesejo, Ontiveros y Soler desempeñaron con gran acierto sus papeles y fueron secundados por los demás artistas que toman parte en la representación. Para todos ellos, así como para los autores y escenógrafo, hubo aplausos y llamadas al proscenio.

Después de la sentimental «Doloretas», pero con igual satisfactorio resultado, tuvo lugar el estreno de «Los niños llorones», zarzuela cómica de Paso y García Álvarez, partitura de Valverde (hijo), Torregrosa y Barrera.

Una colección de chistes y retruécanos —á los que tan aficionados son los autores del libreto,—juntamente con un argumento flojo pero entretenido y una música retonzona y alegre, en la que sobresalió el coro de los negritos, fueron lo suficiente para que el público diese continuadas muestras de su agrado y premiase con muchos aplausos á los autores, á los artistas todos, y especialmente á la Srta. Taberner, Carmen Fernández, Mesejo, Carreras y Ontiveros, por el realce que supieron dar á los tipos que interpretaban.

Y por último, en Eldorado también hizo su *víaje* sin novedad «La diligencia», zarzuela de D. Miguel Echegaray y maestro Caballero, obra á la que tampoco le faltan ingeniosos chistes, situaciones cómicas y música original é inspirada.

Consuelo Taberner, Moncayo y García Valero se distinguieron muchísimo, y en unión de los autores cosecharon justificados aplausos del distinguido y numeroso público que llenaba todas las localidades.

A todos da su cordial enhorabuena

Diego Garvía.

En provincias.

Mataró (Barcelona).—Por la compañía que dirige el Sr. Herrera y en el Casino Fénix, se han puesto en escena «La verbena de San Pedro», «Los africanistas», «El barquillero» y «Agua, azucarillos y aguardiente». En todas estas producciones han sido aplaudidos los artistas, pero especialmente la Sra. Miguel, tiple que goza de merecidas simpatías, y el simpático Sr. Herrera.

Actuó también el imitador del aplaudido Frégoli, D. José Minuto, siendo recibido con general agrado y aplaudido en los diferentes tipos que creó.

En el Ateneo obrero continúa la compañía de verso catalán y castellano, dirigida por D. Enrique Borrás, y que gana muchos

aplausos en cuantas obras da á conocer al público que constantemente llena el teatro.

La compañía de los Sres. Goula, Capdevila y Soler, y en la que figura como primera actriz D.^a Adela Clemente, continúa actuando en el teatro. Entrar con gran satisfacción del pueblo mataronés.—*El Corresponsal.*

A MI VECINA

Tras visillo transparente
pude contemplarte un día,
y al mirar tu blanca frente
te juré que, de repente,
sentí amor el alma mía.

Enamorado quedé
por tu singular belleza,
pero después encontré
que no era como pensé
ni tu amor ni tu pureza.

Más tarde llegué á saber
que era mal tu proceder,
porque en tu vida azarosa
despreciabas orgullosa
¡á aquella que te dió el ser!

Eduardo Haro.

CANTARES

La verdad está en la muerte
y la muerte es la verdad;
todo lo demás del mundo
es engaño y nada más.

Luis Pablos Crespo.

En la tierra sólo amo
con verdadera pasión
á mi madre y á una niña
que me robó el corazón.

Teodoro Marco.

Al fin me casé contigo,
y aguanté y sufrí á tu madre;
para una falta tan chica,
¡vaya un castigo más grande!

E. Paradas del Cerro.

Están tan puro mi cariño
como el amor de una madre
y la sonrisa de un niño.

David Hernández.

Dices que no eres ladrona
porque á nadie quitas na ja,
¡y robas mi corazón
tan sólo con la mirada!

Ricardo Gómez.

Por qué te amé no lo sé;
sólo te puedo decir
que desde que te miré
ya tan sólo pienso en tí.

Concepción González Méndez.

RETAZOS

He observado atentamente
decir al ver la bondad
de un retrato:

—¡Hay tal verdad,
que está hablando enteramente!
Mi cara bien parecida
muchas veces me sacaron,
pero juré que no hablaron
mis retratos en la vida.

Luis Elvira Lasén.

Cuando me voy á acostar
tengo manía en pensar
lo que es el sueño, y rendido,
¡sabéis lo que logro hallar?
Pues... que me quedo dormido.

Luis Maní Molero.

¿Me preguntas qué es amor?
¡Como te he de contestar
si tú fuiste, hermosa mía,
la que me enseñó á olvidar!

Adolfo Sánchez Carrere.

ESBOZOS AL TEMPLE

Hacer un libro de cien páginas dedicado á encerrar una veintena de semblanzas y conseguir que la obra se lea sin fatiga y con deleite, es digno de loa, y lo ha conseguido con creces el brillante escritor don Manuel Escalante Gómez, dando á la estampa el libro cuyo título encabeza estas líneas y cuya adquisición recomendamos sinceramente á nuestros lectores.

La delicadeza con que está escrito el capítulo *Noblesza y hermosura*; el espíritu observador que el autor revela en los titulados *Jerez de la Frontera* y *Málaga*; el buen gusto que resplandece en los dedicados á *Melchor de Palau*, el poeta de los cantares, y al erudito *Adolfo de Castro*, que fué honra de la fenicia Cádiz, bastan para acreditar á Escalante como uno de los literatos más brillantes de la pléyade moderna, si no estuviera acreditado como tal por las anteriores obras que tiene publicadas.

Felicitemos calurosamente al joven escritor, á quien está reservado, en nuestro juicio, un lugar preeminente en la república de las letras.

A. P.

CORRESPONDENCIA LITERARIA

E. R.—El soneto llegó tarde para poderle contestar en el número anterior. Se publicará y lo mismo la octava.

J. M. B.—*Béjar*.—Publicaremos la poesía.

J. G. N.—Todo lo que envía es muy deficiente. Lo menos malo es la poesía *Al pie de una tumba*, y ¡es tan larga! El asunto del artículo tiene poco interés.

D. H.—*Alcajos*.—No se ha recibido la carta á que alude. Publicaremos algo de lo que envía.

M. P.—Se publicará.

E. H.—Entran en turno. No podemos publicar nada referente al concurso á que alude, porque ya nos ocupamos de él oportunamente.

E. Río.—Se publicarán algunas.

A. R. A.—Entran en turno.

A. R. F.—Procuraremos complacerle.

C. G. M.—Algo publicaremos.

J. G. P.—Hay que cuidar más los asuntos.

J. R.—Procure siempre remitir trabajos cortos. Se publicarán.

El Trovador.—Envíe la firma.

M. S.—En efecto, hay muchas fallas de ortografía y además... ¡vamos! que no se publica.

B. T. T.—La seguidilla es muy mediana y no merece la pena de que la dedique usted á dos personas. El cantar recuerda algo un pensamiento de Becquer, y los cantares baturros han de tener sabor local, ó no valen.

A. R.—Se publicará.

J. V.—*Liers*.—No podemos complacerle. Procure cuidar más los asuntos.

J. V. B.—*Valladolid*.—Complacido y á sus órdenes.

F. S.—Lo mismo le decimos.

S. R. P.—Entran en turno.

M. D. T.—*Valencia*.—No resulta. Envíe otra cosita.

J. M. P.—*Barcelona*.—Las poesías de usted si resultan... resultan malas.

E. P.—Hay que comprometer, joven, y no dar tanta extensión á las poesías.

El rey Cabañas.—Se publicará. Gracias por sus ofrecimientos.

A. H. G.—*Valladolid*.—Procuraremos complacerle.

E. A. M.—Entran en turno.
F. de U.—Ya estaba en la imprenta un soneto de los que envié, cuando recibimos otro igual con otra firma, y en la duda de quién será el verdadero autor, suspendimos la publicación de sus trabajos.

L. P. C.—Algo aprovecharemos.
L. V. P.—Lo mismo decimos á usted.
A. G. G.—Publicaremos el soneto. La poesía de G. P. es larga, pero procuraremos complacerle.

B. R.—Barcelona.—Se publicarán.
M. O. A.—Es preferible que envíe usted otros trabajos más cortos.

B. J. M.—Valladolid.—Se publicará.
V. M. L.—Una mala y otra poco limpia.
Sint Nalog.—Deje usted á D. Tancredo en paz y mándenos trabajos mejores y con su firma.

P. C. V.—Algo aprovecharemos acortándolo, porque no podemos publicar poesías largas.

J. G. E.—El soneto se publicará, pero la otra poesía es demasiado larga.

A. A. A.—No desmaye usted, pero estudie. Lo que nos ha remitido últimamente no sirve, pero puede que en el próximo envío venga algo aceptable.

Prometeo.—Se publicará.
E. P. del C.—Lo mismo decimos á usted.

E. A.—Entra en turno la poesía. Los cantares son muy medianos.

A. de S. M.—No podemos complacerle.
T. D. M.—Lamentamos el olvido, pero, ó se trasapelaron, ó no serían aceptables. De todos modos, duplique el envío.

S. A.—Cangas de Tanco.—No podemos publicar trabajos tan largos. Sentimos disgustar á usted con esto, pero tenemos que complacer á la mayoría de nuestros favorecedores.

V. de la F.—Envíe trabajos inéditos y le complaceremos.

A. F. L.—Muy bonito y bien hecho. Se publicará.

Los Melancólicos.—Procuraremos complacerles.

J. R. S.—Habana.—Entran en turno.

S. F. Z.—Aparecerá en uno de los próximos números, sin que podamos asegurar en cuál, porque tenemos originales en cartera anteriores á los de usted.

J. A.—Granada.—Están algo descuidados, pero procuraremos modificarlos como desea.

R. T.—Játiba.—Tiene usted razón, distinguido compañero, y es sensible que no podamos triturar á esos ratas poéticos. ¡Si por nosotros fueran!

A. J. Z.—Estudiaremos su idea y agradecemos su consejo.

A. M.—No hemos recibido las seguidillas. Ya sabe usted que nuestras columnas están siempre abiertas á los trabajos aceptables de los que empiezan.

CORRESPONDENCIA DE ENCARGOS

Nuestros suscriptores tienen derecho á que se les ejecute gratuitamente cuantos encargos puedan venirles en esta corte. Para recibir contestación particular deben enviar un sello de 15 céntimos; de no, se les responderá en esta sección.

E. F. G.—Ignorando las señas de su domicilio, pues en su carta que remite el número 10.334 para el sorteo nada dice, no se le puede mandar la revista hasta saber la dirección que ha de ponerse en la faja.

D. R.—Coruña.—Presentado á D. J. M. el recibo de usted, lo ha satisfecho en el acto; puede disponer de las 35 pesetas en la forma que tenga por conveniente.

D. R. D. S.—Escorial.—Es imposible decir á usted precios de mantillas imitación blonda, como usted nos ordena, por las in-

finitas clases que hay de ese artículo. Nosotros podremos encargarnos de adquirirle la mantilla ateniéndonos al importe que nos remita, en la seguridad de que quedará contenta.

L. G.—Campo de Criptana.—Queda hecha la suscripción del Sr. Bustamante, que finalizará el 3 de Junio de 1912, y la renovación á la de usted hasta el 20 de Diciembre de 1902.

S. P. R.—Valladolid.—Hemos visitado á D. C. R., el cual nos ha manifestado que el importe de la cuenta de usted asciende á 115 pesetas, rogándonos le digamos las remita antes del 25 del actual, porque tiene que ausentarse de Madrid y no regresará hasta los primeros días de Septiembre próximo.

J. M. A.—Castellón.—Por el correo de hoy le remitimos á usted los dos catálogos que nos pidió. Para la remesa de fondos, puede hacerla por el Giro mutuo.

M. A. P.—Lorca.—Las tres obras á que se refiere usted en su carta valen 45 pesetas. Si se decide á remitir el importe citado para adquirirlas, debe tener en cuenta lo que costará el franqueo y certificado, que no bajará de 2,50 pesetas.

C. V.—Casasimarro.—Las oficinas de la revista *El Suceso Ilustrado* están situadas en la calle de Alcalá, núm. 4.

Queda tomada nota del número que remite para los sorteos.

A. H. G.—Valladolid.—Queda hecha la renovación á su suscripción, que finalizará el 30 de Septiembre del corriente año.

R. Muñoz.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Nuestros suscriptores pueden pedirnos gratuitamente las fórmulas que deseen de todas las industrias y cuantos procedimientos sean conocidos en todos los ramos del saber. Para recibir contestación particular deben enviar un sello de 15 céntimos de peseta.

También nos encargaremos del envío económico de cuantas sustancias y aparatos puedan necesitar.

Utilización del corcho en la horticultura.—Los residuos sin valor del corcho pueden utilizarse en el cultivo de la jardinería. Los fabricantes de objetos de corcho, tapones, etc., tienen siempre grandes cantidades de estos residuos que no les valen para nada. Ahora bien, siendo el corcho, de todos los cuerpos, el menos conductor conocido del calor y del frío, interceptándolos absolutamente, Mr. Paillex aconseja cubrir con dichos residuos los planteles de jardín que se quieren proteger. Supone también que esta substancia, recogida y seca después del invierno, podrá servir nuevamente.

Composición de una grasa para suavizar el calzado y hacerle impermeable al agua.—No impide dar betún cuando la grasa es absorbida por el cuero; una aplicación cada quince días basta para mantener el calzado flexible y conservarle la impermeabilidad. Indispensable para la caza en los sitios húmedos.

Aceite de linaza ..	1 1/2 litro.
Sebo de carnero...	3) gramos.
Cera amarilla.....	25 "
Resina (pez).....	10 "

Derritanse juntos el sebo, la cera y la resina, mézclese bien, añádase el aceite y sepárese del fuego sin dejar de remover la mezcla hasta que esté fría completamente. Consérvese fuera del contacto del aire, extendiéndose sobre el calzado con un cepillo.

Mosquitos.—Los mosquitos son de temer durante el sueño y se les aleja atando una rama de espiro a la cabecera de la cama.

Se recomiendan también los medios siguientes:

1.º Humo que se obtiene quemando pelitre.

2.º Colóquese un trozo de carne en un ángulo de la alcoba; allí irán á parar todos los mosquitos.

SECCIÓN RECREATIVA.

Las soluciones á los pasatiempos publicados en nuestro número anterior son como sigue:

- 1.º—MOJADOS
- 2.º—SOTABANCO
- 3.º—AVISPA
- 4.º—MARTINGALA
- 5.º—SORBETE
- 6.º—ARMARIO

Habiendo dado soluciones conformes don Octavio Mateos, D. Antonio Torres, El señor Angel el impresor, Los melancólicos, Lorenzo y Miguel el sordo, D. Alberto Gallego, D. Auspicio Relea, D. Bernardino Ruiz del Olmo, Pepito, Rafael y el Catalán, D. Manuel Martínez, la Peinadora, el Cochero y el Titiritero de París, D. Juan Francisco Maroto, D. Francisco Pedrosa, don Agustín Ruano y D. José Esteban, de Madrid; D. César Valencoso, de Casasimarro; D. Manuel María Manteca, de La Zarza; D. Gabriel García, de León; D. Julio López, de Burgos; D. Teófilo Rubio, de Segovia, y D. Honorato Rancés, de Sabadell.

PASATIEMPOS

CHARADAS

1.º

Mi primera con la cuarta tiene el cura y el seglar;
prima segunda con cuarta debía de tener ya;
prima segunda tercera útil para devanar.
Y mi todo es una cosa por donde á Roma se va.

Antonio Manso.

2.º

Mi amigo primera dos llegó de Nueva Granada, con muchos cuatro primera para venderlos en plaza. Le propuse un cambio á todo y al punto se conformó, y ahora dice por ahí que yo le tercera dos.

Julio Cola Belver, de Valencia

3.º

Yo tres cuatro una dos, querida todo, y si una tres tuviera me casaba, porque debo decirlo con franqueza, yo tres cuatro una dos con todo el alma.

E. Guillén.

GEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

4.º



Rafael Peché Jiménez.

5.º

Empalizada nota lucha

Alberto Gallego García, de Madrid.

Todos los que remitan á esta Gerencia una solución antes del día 19 del actual mes de Julio tienen derecho á adquirir por la mitad de su valor uno de los libros que editamos y que van detallados en el catálogo especial reservado que, enviando un sello de 15 céntimos, remitimos bajo sobre cerrado, pues por su índole especial no puede mandarse como impreso.

A. BORRÁS.

